

trabajos de la Curia Romana. Como nota común a todos ellos, aparte de las ya mencionadas, se encuentra el hecho de ofrecer una consideración de las fuentes canónicas, que lejos de reducirse a una «mera información» de las mismas, trata de analizar críticamente su contenido desde sus principios inspiradores, muchos de ellos más teológicos que canónicos, dejando a salvo en todo momento la nítida distinción entre ambas disciplinas.

Por último, es de justicia mencionar la profusión de citas, la amplitud y generalidad de la bibliografía manejada y el acertado análisis de las fuentes, en un intento de aportar un estudio original de las mismas, que hacen de la presente monografía una manifestación clara de la vitalidad de la doctrina canónica de lengua polaca.

IGNACIO FERRER

TEOLOGIA PROGRESISTA

CORNELIO FABRO, *La aventura de la teología progresista*, 1 vol. de 330 págs., EUNSA, Pamplona 1976.

Desde hace algunos años no es ya infrecuente el caso de teólogos que conciben su labor investigadora al margen del Magisterio de la Iglesia, y cuyas opiniones contradicen abiertamente verdades cristianas. Esta confusa situación que afecta a parte de la teología católica ha sido analizada por Cornelio Fabro en su libro, *La aventura de la teología progresista*, recientemente traducido al castellano.

En las diversas corrientes de la teología progresista europea no es difícil observar una «inversión antropológica» que pretende interpretar la verdad cristiana disolviéndola en la filosofía inmanentista. Lo que Fabro rechaza especialmente es la posibilidad que algunos admiten, de «seguir haciendo una teología sin metafísica: sin una noción absoluta de la verdad del ser, sobre la que únicamente se puede fundar una prueba consistente de que Dios existe y una distinción absoluta entre criatura y Creador, entre naturaleza y gracia, entre pecado y redención...». Ni siquiera se construye una legítima antropología teológica, sino una teología antropológica en la que Dios se pierde en el horizonte de la historia.

Pueden citarse, por ejemplo, los teólogos que han aceptado en sus planteamientos la ontología de Heidegger. ¿Cabe una teología fundamentada en sus tesis? El mismo autor de *Ser y Tiempo* ha señalado que

es imposible, porque en su filosofía, forzosamente, hay que guardar silencio sobre Dios. De ahí el reproche de Fabro, que se pregunta cómo estos teólogos pretenden asumir, como punto de partida de su investigación, la filosofía de Heidegger, que ignora o excluye en sí misma el problema de Dios. No puede sorprender, por eso, que al final de la «inversión antropológica» se llegue al llamado «cristianismo anónimo» y a otros movimientos que prescinden de Dios.

Fabro examina atentamente el caso de algunos teólogos que pretenden esclarecer la concepción cristiana del hombre con base en el humanismo radical de Feuerbach. El profesor italiano se rebela contra esta operación, que califica de irreal y fantástica, entre otras cosas, porque la teología especulativa hegeliana no es sino antropología, y porque Feuerbach, además de rechazar todos los puntos principales de la fe, reduce completamente las operaciones humanas a simple materialismo: «El hombre es lo que come», escribió en 1850. Es lógico, por tanto, que el comunismo que estos teólogos toman de él esté estrechamente ligado a la perspectiva atea de su filosofía, en la que el hombre se identifica con la naturaleza.

En la segunda parte del libro, Fabro se propone clarificar la raíz última de nuevas tendencias erróneas en teología moral. Abandonada la metafísica trascendente, el ser se transforma en puro devenir, eliminándose así la distinción entre el bien y el mal. En su caída, la metafísica arrastra también toda norma absoluta y objetiva, incluidas las del decálogo. Por eso, en opinión de Fabro, se pretende construir ahora una moral humana hecha a gusto del hombre, en la que el mismo concepto de pecado no tiene ningún sentido, porque al concebir la libertad como un absoluto se olvida que el hombre ha sido creado por Dios y que está llamado a la vida eterna.

Tras comentar ágilmente el pensamiento de G. May sobre la actualidad del celibato en el mundo contemporáneo y sobre el sacerdocio en estos tiempos de crisis, Fabro termina con un breve epílogo en el que señala la naturaleza metafísica de la crisis actual de la teología: «es el oscurecimiento, si no el rechazo explícito de la presencia del absoluto en el horizonte de la conciencia del hombre contemporáneo». «Sin un Dios trascendente, creador del mundo y del hombre, no existe ningún yo como núcleo inquebrantable de libertad. Sin el Hombre-Dios, redentor y santificador, inmanente en la historia como verdadero hombre y trascendente en la eternidad como verdadero Dios, no existe ninguna esperanza de salvación. Sin metafísica, la teología no tiene sentido ni consistencia, ya que sin el fundamento absoluto el trabajo teológico se deshace en la precariedad del modo de proceder de las llamadas 'ciencias humanas', en la insignificancia de la impresión, del sentimiento, del juego semántico, del énfasis vacío».

R. R. (ACE PRENSA)